



De repente unos gritos le hicieron volver la cabeza: un hombre golpeaba brutalmente a un forastero bajo la mirada complacida de la gente. Eliezer corrió hacia ellos.

—¡Basta ya, desgraciado! —gritó, interponiéndose entre ambos—. ¿No te da vergüenza tratar así a un viajero que no ha hecho nada malo?

—¿Cómo que no ha hecho nada malo? —respondió el hombre—. Según nuestra ley, cuando un forastero viene a este país lo despojamos de sus ropas. Le pego porque le he pedido que me diera lo que llevaba y él se ha atrevido a negarse.

—¡Pero esa ley es injusta! —exclamó Eliezer—. Es al revés: ¡hay que honrar a los forasteros! ¿Cómo te atreves a quitarle la ropa a este hombre? ¿Es que quieres que vaya desnudo?

—Tú también eres un forastero, así que ni se te ocurra meterse con nuestras leyes. ¡Ocúpate de tus asuntos, no sea que también te quite la ropa a ti!

Y el hombre, furioso, le lanzó una piedra a Eliezer, que cayó redondo al suelo. La cabeza le sangraba abundantemente y él se sentía muy mareado. Para empeorar la situación, el hombre le dijo:

—Me debes cinco monedas de plata por la herida que te he hecho.

—¡Eres tú quien me debe dinero a mí! —gritó Eliezer, fuera de sí—. ¡Tendré que pagar a un médico para que me cure la herida!

—Vamos ante el juez, a ver lo que dice —dijo el hombre.

Y el juez ante el que se presentaron habló así:

—Eliezer, si este hombre te ha herido debes pagarle cinco monedas de plata. Aquí el más débil paga.

Al oír esta sentencia, Eliezer agarró una piedra y se la tiró con todas sus fuerzas al juez, que empezó a sangrar por la frente.

—Ahora, juez —le dijo Eliezer—, me debes al menos siete monedas de oro. Pero me conformo con cinco, que le darás a este hombre. Mi deuda queda saldada.

Y salió corriendo.

Eliezer quería escapar de aquella ciudad maldita, aunque no podía irse sin Lot. Tras buscarlo durante un buen rato, dio con su casa. Lot lo hizo pasar discretamente y le ofreció la poca comida que le quedaba. Pero una vecina malintencionada que los había visto avisó a la gente de que Lot había acogido a un forastero. Los hombres se armaron con picos, palas y cuchillos, dispuestos a encarnizarse con el extranjero.

Lot estaba aterrorizado, pero, justo cuando la multitud entraba en su casa, del cielo cayó un rayo fulminante que cegó a aquellas gentes crueles. Asustados y confusos, los hombres corrieron despavoridos a sus casas.

Aquella noche Lot tuvo un sueño. Vio cómo la ciudad de Sodoma se derrumbaba poco a poco con un gran estrépito. Los campos de trigo dorado se tornaron negros lentamente, como si algo los consumiera desde las profundidades de la tierra. La región entera, tan rica y próspe-

